

[Ideas](#)[Literatura](#)[Arte](#)[Escenarios](#)[Agenda](#)

ARTE Instalaciones 01/11/10

Malestar que no cesa

Un sonido molesto y persistente junto a imágenes visuales prolijamente repugnantes. Así podría sintetizarse "Zumbido", una obra de Silvia Rivas exhibida en el Malba.

Por Ana María Battistozzi

Imágenes |



ZUMBIDO. Trama incesante y, detrás, Zumbido dinámicas. Still de vídeo, 2010.

Es la paciencia una virtud asociada a la tolerancia? ¿O simplemente un estadio de la conciencia del sujeto vinculado al tiempo que es capaz de concederse a sí mismo y a otros, sean individuos, hechos o cosas? ¿De cuánta templanza somos capaces los humanos ante situaciones que nos incomodan? ¿Cuánto tiempo podemos permanecer sin salirnos de nuestras casillas? Pongamos por caso la gota que no cesa en el medio de una noche en vela o el insistente zumbido de una mosca. La pregunta, así formulada, nos saca violentamente del ámbito de las disquisiciones filosóficas y nos catapulta a la maldita realidad cotidiana. A la impaciencia nuestra de cada día y sobre todo al ámbito de los males mayores que sobrevienen de nuestras torpezas, nuestras imprudencias o simples atropellos cotidianos casi siempre lamentados después.

Algo de esto sobrevuela las pantallas del último trabajo de Silvia Rivas que se exhibe en el Malba.

Zumbido –que así se llama su presentación compuesta por dos videoinstalaciones de grandes pantallas y un gran dibujo a escala mural sobre papel– podría leerse en realidad como una reflexión sobre los límites de la paciencia y su correlato: el peligro de franquearlos. Pero al mismo tiempo, como una reflexión sobre los procesos de abstracción que afectan la visualidad actual.

Una de estas piezas trabaja con imágenes que crecen sobre una superficie blanca, tan nítidas y gráficas que casi no parecieran proceder del mundo real. Una mosca que va y viene, se posa en el dedo meñique de alguien; insiste una y otra vez hasta que la resistencia a su presencia desata una contienda que crece hasta adquirir proporciones insospechadas. La mosca, casi un dibujo, se convierte en enjambre ante el primer intento de rechazarla. Va y vuelve una y otra vez como una cuadrilla de guerra que se abate sobre su víctima y desata una esgrima de manos en disputa por la pantalla.

Lucha elemental y primaria es la que da origen a este drama minúsculo que se vale de juegos visuales y sonoros. Apenas una mosca que deviene signo pequeño, múltiple y al mismo tiempo zumbido. Visualmente desmaterializada y convertida sucesivamente en trazo, dibujo y trama al ritmo de la lucha que desata. Así, también en la segunda instalación, el trazo se adueña plenamente de la pantalla y allí ya no quedan vestigios del drama. Se ha desvanecido por completo, sólo reverbera la huella de la lucha convertida en puro diseño.

Elemento clave de la experiencia sensorial que proponen estos trabajos son el sonido que la artista elaboró con Luciano Azzio y la imagen depurada a sus límites en un proceso digital que contó con la colaboración de Juan Pablo Ferlat.

La obra, si bien parte de tomas del mundo real, en su conjunto pareciera eludir el principio de que la realidad sea necesariamente su punto de partida. Lejos de ello, se aventura en la construcción de otra realidad poética, tensa, inquietante y abrumadora, que no se apoya en una toma de la realidad sino en el dibujo, que en definitiva es su punto de partida y al que rinde homenaje en la tercera de las piezas incluidas.